



Situaciones críticas

Catástrofes naturales *versus* crisis económicas

Suponen un duro golpe para el país que las padece por su dificultad de predicción y sus fuertes repercusiones tanto a nivel de Estado como de población. En este sentido, ambas tienen una consecuencia en común: la reducción del bienestar. Pero, ¿cuáles son las más difíciles de superar?

> José J. Benítez Rochel / *Profesor de Economía Aplicada*

El nivel de vida de un país depende de su capacidad para producir bienes y servicios. Este principio básico de la economía quiere decir, ni más ni menos, que el bienestar material de los habitantes de un país está determinado por la cantidad de alimentos, electrodomésticos, automóviles, viviendas y servicios médicos, entre otros, que pueden producir sus trabajadores. Cuanto más y mejores má-

quinas, herramientas, tecnología, materias primas y formación tenga cada trabajador, más y mejores cosas se producirán y más y mejores servicios se prestarán.

Es lógico, por tanto, que uno de los objetivos básicos de cualquier Gobierno debería ser conseguir aprovechar al máximo su capacidad de producción y aumentarla con el transcurso del tiempo. Los

problemas aparecen cuando nos encontramos con situaciones críticas, ya sea porque no se estén utilizando muchas de las posibilidades de producción que se tienen o porque súbitamente se vean mermadas. En el primer caso, nos encontramos con las crisis económicas que recurrentemente aparecen en el sistema capitalista y, en el segundo caso, con las catástrofes naturales que, desgraciadamente, parece que son cada vez más frecuentes. En ambos casos, la consecuencia inmediata es que se reduce el bienestar porque dejan de estar a disposición de la población una gran cantidad de bienes y servicios.

Tras una crisis económica o una catástrofe natural se reduce el bienestar porque dejan de estar a disposición de la población una gran cantidad de bienes y servicios



Foto: Walter Siegmund (Wikimedia Commons)

Si se dedican recursos a la reconstrucción y se asume su coste, el problema ya no es económico sino de ingeniería

Las catástrofes naturales son, en principio, más fáciles de superar. Lo que sigue fue publicado en 1848 por el gran economista británico J.S. Mill: "... [existe] una

cosa que siempre ha causado asombro: la gran rapidez con que los países se recuperan después de haber sido devastados; la rapidez con que desaparece toda huella de los daños producidos por terremotos, inundaciones, huracanes y los destrozos de la guerra". Sin ir más lejos, ese "asombro" al que se refería J.S. Mill en el siglo XIX se ha repetido hace poco cuando los japoneses consiguieron reparar, en menos de una semana, un tramo de autopista destrozada por el devastador terremoto

del pasado 11 de marzo. En realidad, no debería sorprendernos la capacidad que tienen las sociedades para recuperarse de las situaciones críticas provocadas por los desastres naturales. Se trata de resolver un problema económico sencillo de plantear. Habría que decidir, simplemente, si se está dispuesto a dedicar recursos (trabajo, capital, materias primas...) a la reconstrucción y asumir el coste. Si la respuesta es afirmativa, el problema ya no es económico, sino de ingeniería.



Las dificultades financieras de algunos bancos de EE.UU. hace varios años provocaron acontecimientos que ayudan a explicar por qué han perdido su trabajo muchos malagueños

Por su parte, las crisis económicas son tan difíciles de predecir como los desastres naturales. Los economistas sabemos que llegarán, pero no podemos precisar cuándo. Esta debilidad del conocimiento económico ha sido, en ocasiones, ridiculizada con frases como esta: “existen dos clases de economistas: aquellos que no saben hacer predicciones y aquellos que no saben hacer predicciones”. De hecho, pocos (si es que hubo alguno), salvo aquellos que están permanentemente augurando la caída del sistema, fueron capaces de predecir la gravedad de la crisis económica actual. Pero no solo eso. Una vez se nos ha echado encima la crisis, tampoco los economistas nos ponemos de acuerdo sobre cuál es la solución. Por ejemplo, aunque pueda resultar extraño, el análisis económico no ofrece, por ahora, un consenso para el diseño de políticas y de instituciones capaces de solucionar el

problema del desempleo. No obstante, y permítame el lector una pizca de corporativismo, también es verdad que se ha exagerado, en demasiadas ocasiones, las discrepancias entre los economistas por intereses puramente políticos. Pero ese es otro tema.

Lo que queremos argumentar aquí es que las crisis económicas son tan difíciles de predecir como los desastres naturales pero, a diferencia de estos, no son técnicamente tan fáciles de superar. Existe, además, un elemento añadido. Las crisis económicas afectan a todo el mundo. Las dificultades financieras en las que se encontraron algunos bancos norteamericanos hace varios años desencadenaron una serie de acontecimientos que ayudan a explicar por qué han perdido sus empleos muchos trabajadores malagueños. Es lo que tiene la globalización o, dicho de otra manera,

la integración económica de los países. Nos permite disfrutar de los beneficios del comercio internacional pero a la vez nos hace mucho más sensibles a las perturbaciones financieras, vengan estas de donde vengan.

Otra cuestión sobre la que cabría reflexionar es la diferente actitud que los seres humanos adoptamos ante las situaciones críticas ya comentadas. Mientras que los desastres naturales, con independencia del lugar donde se produzcan, generan una corriente solidaria inmediata, las crisis económicas, en cambio, despiertan sentimientos más egoístas. Mientras muchos socorrían a Japón -un país rico- cuando ocurrió el reciente terremoto, otros presentaban objeciones a las ayudas para evitar la quiebra del Estado en Grecia, Portugal o Irlanda. ¿Será que consideramos los desastres naturales una fatal desgracia que afecta a inocentes, mientras que culpamos de las crisis económicas a comportamientos colectivos inadecuados? La respuesta, como diría Michael Ende en su popular *Historia Interminable*, es otra historia y merece ser contada en otra ocasión. ●



Foto: Wikimedia Commons



Foto: NASA